

entrar, años adelante, en la presente República Argentina. Del Alto Perú y de Chile llegaban conquistadores y colonizadores para extenderse por el Norte y el Oeste. Antes de que Garay fundase la segunda Buenos Aires, ya existían Santiago del Estero, Tucumán, Córdoba, Mendoza y San Juan. Los soldados de Chile, salvando los Andes, extendíanse hacia el Sud, por las soledades de la Patagonia, aunque sin poder fundar nada duradero.

El conquistador, á un lado y á otro de la Cordillera, avanzaba con gallarda audacia hasta los últimos términos del continente, desafiando los obstáculos de la Naturaleza y la fiera acometividad del indio. Un poeta de Madrid, cantor y soldado á la vez, como los héroes de la antigua Grecia, podía escribir en la corteza de uno de los árboles gigantescos de la selva araucana:

Aquí llegó donde otro no há llegado.

Alonso de Ercilla, el Homero de la América del Sud, resumía en este verso la gloria de sus hazañas personales, y la sublime audacia del pueblo de los conquistadores.

* * *

Siguió Garay trabajando durante cuatro años en el desarrollo de su ciudad. Alonso de Vera, al poco tiempo de repoblada Buenos Aires, decía así al Rey: «La población que de nuevo se hace por mandado de S. M. en este puerto que agora se puebla, de Buenos Aires, será una plaza la más importante que se habrá poblado en Indias, y más en aumento del patrimonio real, por estar tan cerca como están los Reynos de Chile, y estar á 70 leguas la Mar del Sur, camino muy bueno que se camina con carretas, y de allí á todas las Indias del Mar del Sur.» El mismo Alonso de Vera añadía: «La población del Puerto de Santa María de Buenos Aires es necesaria y conveniente para el bien de toda esta gobernación y la de Tucumán.» Resulta de esto que los primeros vecinos de Buenos Aires se daban cuenta, aunque vagamente, de la importancia que había de tener en lo futuro su ciudad.

Garay hizo un viaje á Santa Fe, y volvió á Buenos Aires por última vez para socorrer al gobernador de Chile, D. Luis de Sotomayor, que en 1583 tocó en el río de la Plata con una armada, camino de su gobierno. Luego emprendió viaje otra vez á su ciudad de Santa Fe, y en él encontró la muerte. El valeroso guerrero, que tantas veces había combatido con los indios sin recibir heridas mortales, pereció traidoramente á manos de éstos mientras dormía, víctima de su excesiva confianza.

El tesorero Hernando de Montalvo comunicó al Rey de España, en estos términos, la muerte de Garay cuando iba camino de Santa Fe, con un bergantín, 40 soldados y algunas mujeres. «Juan de Garay en un bergantín seguía á la ciudad de Santa Fe, y cuarenta leguas de aquí quiso entrar con el navío por una laguna, pareciéndole que atajaba camino, y bogando toda la laguna alrededor, no halló salida. Volvió por donde había entrado y era ya puesta de sol. Acordó de ranchar á la boca, adonde los estaban mirando como hasta cuarenta indios que habitaban por allí, y como los vieran entrar por aquella laguna, entendieron ser *chapetones* venidos de España, y como los vieron parar allí y todos en tierra muy descuidados y desnudos, porque le habían dicho al general, soldados que iban allí de los de Chile, que hiciese centinela, respondió: «Estos indios téngolos muy sujetos y me temen. Pueden estar tan seguros aquí como en Madrid», adónde al primer sueño dan con ellos, y matan el primero al general, sin poder decir «¡Dios válgame!» con una macana, de que murieron allí cuarenta personas y un fraile franciscano, y los tuvieron ganado el bergantín.»

Así pereció Garay, víctima de una extremada confianza. Sus triunfos le habían hecho creer en la completa sumisión de los indígenas, y se imaginaba poder atravesar solo todo el país sin riesgo alguno. Barco de Centenera, el Homero ramplón de la conquista del Plata, dice en su poema *La Argentina*:

Garay fué de prudencia siempre falto.

Un cacique obscuro y pobre, llamado Mañuá, con un grupo de indios famélicos, fué el que acabó traidoramente con la vida del capitán, vencedor en tantos combates.

Muerto Garay, el Adelantado Torres de Vera y Aragón, que aun seguía viviendo en el Perú, nombró gobernador á Torres de Navarrete, hasta que llegó él á la Asunción en 1587. El Adelantado era hombre de toga, habituado á la existencia tranquila de un Oidor, y poco experto en las luchas de la colonización. Durante su gobierno quedó fundada la ciudad de Corrientes, como lugar intermedio entre la Asunción y las nuevas ciudades del Paraná y el Plata, y se repartieron las tribus guaraníes que poblaban dicho territorio. Pero cansado de las privaciones que él y su esposa sufrían en este país, y excesivamente rico, hizo renuncia del cargo, trasladándose á España. Con él terminó el Adelantazgo del Río de la Plata.

Cuando se retiró Torres de Vera y Aragón, los conquistadores recurrieron al antiguo privilegio contenido en una cédula real de 1537. Según él, podían designar por sufragio á su gobernador, y nombraron en 1591 á Hernando Arias de Saavedra, generalmente conocido con el nombre de Hernandarias. Había nacido en la Asunción y fué el primer criollo que desempeñó gobierno en toda América, viéndose elevado á este cargo por la opinión pública á causa de sus méritos y servicios. En 1609 le relevó un gobernador que enviaron de España, D. Diego Marín Negrón. Éste falleció en 1613, nombrando el virrey del Perú para reemplazarle á Veumont, cuyo gobierno sólo fué de dos años. En 1615 quedó definitivamente Hernandarias al frente del Río de la Plata como gobernador y capitán general. La monarquía española hizo una provincia aparte del territorio platense, separándolo del Paraguay. Asunción y Buenos Aires no pertenecieron ya á un mismo gobierno. La ciudad fundada por Garay con los nombres de Trinidad y Puerto de Santa María, se llamó en adelante simplemente Buenos Aires, y fué la capital de la nueva provincia del Río de la Plata.

Con esto terminó la época que puede titularse de la conquista. Tres expediciones valiosas había enviado España en este período para la colonización del país: la de Mendoza, la de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y la de Ortiz de Zárate. Armas, herramientas, municiones, víveres, cultivos europeos, caballos, vacas, ovejas, todo cuanto pudo enviar la Península, lo envió para las nuevas colonias, incluso mujeres jóvenes y animosas. En estas expediciones, que tuvieron que luchar con el Océano, los vientos, la pequeñez miserable de los buques y las asechanzas de los indígenas, no sólo vinieron guerreros, sino artesanos y agricultores.

Se distinguieron en esto las expediciones al Río de la Plata de las otras expediciones á las Indias Occidentales, como si sus organizadores adivinasen el porvenir. Para Méjico y el Perú, durante muchos años, sólo se embarcaron soldados. Al Río de la Plata, desde el viaje de Alvar Núñez, fueron agricultores y artesanos, y las herramientas de labranza, semillas y animales domésticos ocuparon más sitio en las naves que el material de guerra.

Las grandes figuras de la conquista platense se diferencian también mucho de los otros héroes que envió España para la dominación de los territorios americanos.

Irala y Garay no ofrecen el interés militar de un Cortés ó un Pizarro: no tuvieron que luchar tampoco con civilizaciones casi formadas, cual las de Méjico y Perú; pero á falta del prestigio que proporcionan las glorias de la guerra, ofrecen el mérito de haber sido verdaderos



EL ANTIGUO CABILDO DE BUENOS AIRES (ESTADO ACTUAL)

colonizadores. Como dice el general Mitre, «los primitivos pobladores del Río de la Plata fueron, más bien que aventureros heroicos, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de España». Pocos de ellos, á juzgar por las cartas y súplicas dirigidas al Rey y al Consejo de Indias, se hallaban en el caso del glorioso conquistador del Perú, que no sabía leer y escribir.

Las vidas de Irala y de Garay no guardan los novelescos capítulos de la del vencedor de Otumba ó el tenaz solitario de la isla del Gallo; sus colonias fueron las más modestas y oscuras de toda América; los reyes, deslumbrados por la riqueza minera de otras provincias ultramarinas, apenas fijaron su atención en aquéllas; pero la colonización, gracias á estos dos hombres, fué con el tiempo más útil y más positiva en las riberas del Plata que en el resto del Nuevo Mundo. Únicamente Valdivia, en Chile, es comparable á Irala y Garay. Estos tres españoles, fundadores de pobres establecimientos, supieron poblar y civilizar un país bárbaro, casi desierto, utilizando hábilmente, para infundirle vida propia, los elementos enviados de la Península.

El sabio naturalista y marino español Don Félix de Azara llamó á Irala «carácter maravilloso», añadiendo que «aventaja á todos los conquistadores en que redujo y civilizó un país bárbaro en sumo grado, dictándole leyes las más humanas, sabias y políticas». Como ya dijimos, él fué quien trasplantó al suelo platense el libre municipio español, en forma de Cabildo; quien fundó las primeras escuelas y dió leyes de protección para el indígena. La obra de este Licurgo colonial la extendió y agrandó Garay fundando ciudades en sitios certeramente escogidos y distribuyendo equitativamente los terrenos entre los conquistadores.

Había terminado el ensueño de las montañas de metal precioso. Éstas pertenecían á otros.

En los territorios del Plata no había minas. Era preciso vivir de la tierra, y el soldado español se hizo colono, olvidando los fabulosos relatos que le habían arrastrado á este país.

Además, Garay, adivinando el porvenir de las inmensas pampas, hasta entonces improductivas, las pobló con el caballo y el toro andaluces.

El glorioso Don Juan fué el abuelo ilustre de los estancieros argentinos.

IV

LA VIDA COLONIAL. - LA CIUDAD Y EL CAMPO. - LAS MISIONES JESUÍTICAS

Los conquistadores tuvieron que luchar con un enemigo temible, que aun en nuestros tiempos dificulta el desarrollo de la República Argentina: el desierto.

Asombra el desarrollo de ciudades é instituciones durante tres siglos en un territorio tan vasto y con tan escasos pobladores. Á fines del siglo XVIII, las provincias del Río de la Plata, que constituían un virreinato equivalente á la cuarta parte de la América del Sud, entrando en él Uruguay, Paraguay y una gran parte de Bolivia, no tenía, según el general Mitre, más que 600.000 habitantes; menos de la mitad del actual vecindario de Buenos Aires. Descartando la parte correspondiente á los citados países que fueron del antiguo Río de la Plata, y teniendo en cuenta lo que pudo desarrollarse la población en doscientos años con las inmigraciones peninsulares y el crecimiento vegetativo, júzguese cuál sería el número de habitantes de este gobierno á principios del siglo XVII, cuando quedó terminada la obra de la conquista. Tal vez no llegasen á 100.000.

Las futuras ciudades eran pequeñísimas manchas de población apenas visibles en la grandiosa aridez del desierto. Estos núcleos se comunicaban poco entre sí, y no podían formar un cuerpo político. Cada ciudad, á impulsos de sus necesidades económicas, buscaba salida por donde las circunstancias geográficas le permitían una expansión más fácil.



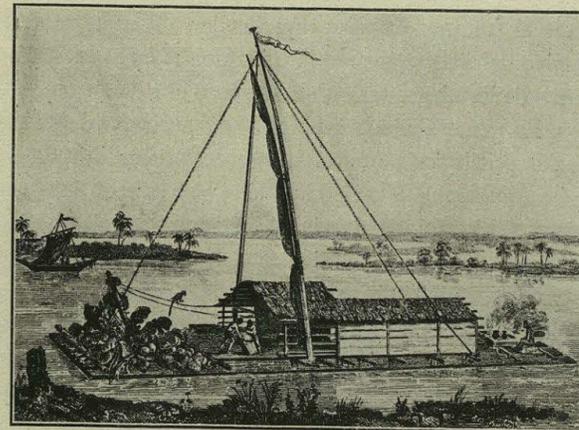
SOLDADOS COLONIALES DEL SIGLO XVII (De un grabado antiguo).

Muchas poblaciones de la gobernación del Río de la Plata parecían ignorar la existencia de Buenos Aires, viviendo en relación directa con Chile ó el Alto Perú. Transcurrían años enteros sin ponerse en contacto ciudades que hoy sólo están separadas por unas cuantas horas de ferrocarril.

En esta vida de aislamiento y pequeñez en medio de la inmensidad, se fué formando el carácter de los conquistadores y colonos del Río de la Plata. Sus descendientes han acabado por constituir una gran nación con estos elementos originales. Ocupaban una tierra sin minas, sin ninguno de los recursos que en aquellos tiempos formaban la riqueza de un país, rodeados de tribus nómadas y faltas de cohesión social. Estas tribus intenta-

ron resistirse al principio á la invasión europea; pero apenas fueron vencidas, unas se sometieron, ayudando al conquistador en sus trabajos civilizadores; otras huyeron al desierto, donde intentaron resistirse de nuevo, lo que prolongó la guerra de conquista siglos y siglos, hasta tiempos muy recientes. No existiendo entre los indígenas una civilización orgánica semejante á las de Méjico y el Perú, no fué posible la sumisión del país de una sola vez, como lo hicieron Cortés y Pizarro.

El colonizador español tuvo que esforzarse en el Río de la Plata más que en ninguna otra tierra de América. El indígena le ayudó poco en sus trabajos, y no tuvo á mano metales preciosos para seducir á Europa, atrayéndose sus auxilios. Además, el país «bautizado— como dice Mitre — con un nombre engañoso, que sólo el porvenir debía justificar», era fértil cuando lo despertaba la mano del hombre, pero en estado natural apenas si



UNA Balsa DEL PARANÁ (Grabado antiguo).

bastaba para el mísero sustento de las pequeñas hordas indígenas, que vagaban sobre él parasitariamente, sin constituir nada estable. Llanuras cubiertas de maleza, grandes pantanos, montañas estériles y selvas vírgenes, únicamente utilizadas por las fieras, fué todo lo que encontraron los primeros blancos. Por esto la colonización platense tuvo que luchar en sus primeros tiempos con escaseces y miserias no conocidas en otros países. El indígena cultivaba sólo la tierra en algunos valles del Norte, imitando sin duda á los peruanos, y su agricultura era tan primitiva, que aquél hubiese perecido de necesidad á no ser por la caza.

Hablando un día con el general Roca, que dió glorioso término á la conquista del desierto y pudo ver de cerca en sus campañas la vida del indio, casi igual á la de los tiempos del descubrimiento, me decía este ilustre militar:

— Lo que me ha preocupado muchas veces en mis viajes, es qué comía el indio antes de la llegada de los españoles.

Cuando el caballo y la vaca no habían pisado aún la tierra argentina, y el trigo era desconocido, y el maíz sólo lo cultivaban en exiguos bancales algunas tribus del Norte, el indio comía lo que encontraba al alcance de su arco, ó no comía muchas veces, y así se explica lo exiguo de la población indígena en unas llanuras que hoy son lo más fértil y maravilloso de la República.

La colonización española del Plata fué una empresa de hambre. Nadie se enriqueció en este suelo ni pudo volver á España con enormes tesoros, como los hidalgos de Méjico y el Perú, á los que llamaban *indianos* y *peruleros* en la Península. Hubo que pedir á la tierra, no riquezas, sino simplemente el sustento, arrancándose en fuerza de penalidades y lágrimas. Esta escuela de sufrimientos fortaleció el ánimo de la joven sociedad, siendo el dolor y la miseria una excelente preparación de las grandezas presentes. En otros países americanos el descubrimiento de un filón ó el poderío de la espada, bastaban para proporcionar la riqueza. En el Río de la Plata no había plata, y la sociedad fué moldeada por las exigencias de un trabajo incesante, que tenía por objeto no el enriquecerse, sino simplemente poder subsistir.

Á las condiciones especiales de este país, de una opulencia sin límites cuando se le somete